La devoción al Gaucho Antonio Gil, reflexión teológico pastoral (1ra parte)[1]

Hace ya unos años que cualquier observador atento de las expresiones religiosas en el espacio público puede notar que una de las devociones más frecuentes es la del Gaucho Gil. No es raro encontrarse en cualquier latitud de nuestro país con una pequeña ermita roja con velas encendidas en la puerta de una casa humilde, o con capillitas enmarcadas en banderas rojas, que se van convirtiendo en verdaderos espacios de recreación, rodeadas de bancos y hasta con alguna parrilla, y que se encuentran llamativamente preservadas del vandalismo.

Esta devoción tiene sus raíces en la provincia de Corrientes, más precisamente en la zona vecina a la ciudad de Mercedes. Por muchos años se mantuvo como una devoción local, a la Cruz Gil, como todavía le dicen en la región. Pero hace un par de décadas su fama se extendió por todo el país con una velocidad e intensidad que no dejan de sorprender (nótese que en el *Diccionario de creencias y supersticiones argentinas y americanas* de Félix Coluccio de 1983, Antonio Gil no figura aunque hay otros gauchos matreros. El mismo investigador, en *Devociones populares argentinas y americanas* (2001) da cuenta de "El gaucho Gil o Curuzú Gil", pero no lo ubica entre las principales devociones, apenas tiene un lugar marginal entre los gauchos milagrosos).

En este artículo, que consta de dos partes, queremos ofrecer unas sencillas reflexiones que pueden ayudar a acompañar pastoralmente el fenómeno religioso que se da en torno a esta devoción popular. Intentan ser una mirada teológica sobre la vida de nuestro pueblo. Esto es, una mirada de fe, que cree que Dios no nos mira como individuos aislados sino que *nos salva como pueblo* (cfr. *Lumen Gentium* 9). Y cree que este *Dios actúa en el pueblo* para ofrecer incansablemente caminos de salvación (cfr. *Evangelii Gaudium* 112-114). Una mirada así no puede ser sólo intelectual. Para que pueda dar frutos, el tipo de abordaje que proponemos requiere del lector un cierto deseo de conversión afectiva al pueblo, o –en palabras de Francisco- del "gusto espiritual de ser pueblo" (*Evangelii Gaudium* 268). Quien no pueda superar el prejuicio de considerar como *romántica* toda reflexión que haga centro en la vida del pueblo poco fruto sacará de estas páginas. Digamos también que lo expresado aquí debe tomarse como una búsqueda aún embrionaria y presentada a trazos gruesos. Pero también animada por el deseo de una doble fidelidad: a las enseñanzas de la Iglesia y a lo nuevo que el Espíritu suscita en nuestro pueblo.

En la primera parte, desde una mirada histórico cultural, intentamos presentar un marco de interpretación dentro de la tradición eclesial y la historia de nuestro país. Para ello hacemos referencia al valor evangelizador que han tenido otros relatos legendarios en la vida de la Iglesia y luego proponemos mirar la historia del gaucho Martín Fierro como telón de fondo para entender lo que pudo haber sido la vida del gaucho Antonio Gil y el lugar que el pueblo le adjudica en su memoria histórica.

Queda para la segunda entrega del artículo presentar una incipiente reflexión sobre los elementos cristianos que encierra esta devoción y ensayar algunas respuestas ante las objeciones más frecuentes.

1. El oso de Benedicto XVI

Apenas habían transcurrido un par de décadas del siglo VIII cuando el papa Gregorio II le encomendó al obispo Corbiniano el anuncio del Evangelio en las tierras comprendidas entre los Alpes y el Danubio. En ese entonces, la antigua provincia romana de *Raetia* era conocida como Baviera. Allí, desde fines del siglo V se había instalado el pueblo bávaro que estaba progresivamente asimilando el cristianismo.

[1] Artículo publicado en la revista Vida Pastoral 349 (abril 2016)

Eran tiempos en que un recorrido a través de los Alpes suponía todo tipo de peligros. Se cuenta que este santo obispo, en uno de sus viajes a Roma, sufrió un serio inconveniente: un oso se devoró su caballo. Corbiniano, lejos de amedrentarse por el percance, le reprochó duramente al oso su conducta, logró amansarlo y le cargó sobre el lomo su equipaje, que hasta ese momento había llevado el caballo. El oso transportó esa carga hasta Roma y sólo allí el santo lo dejó libre de irse.

Esta anécdota, no pasaría de ser una curiosa leyenda medieval sino fuera por un pequeño detalle: quien la relata es un sucesor de San Corbiniano como arzobispo de Munich y Freising: Joseph Ratzinger. En una visita a Munich, ya siendo el Papa Benedicto XVI, decía: *"Desde mi infancia me ha fascinado su leyenda, según la cual un oso habría despedazado al caballo del santo durante su viaje por los Alpes. Corbiniano lo reprendió duramente y, como castigo, lo cargó con todo su equipaje para que lo llevase hasta Roma. Así, el oso, cargado con el fardo del santo, tuvo que caminar hasta Roma y sólo allí Corbiniano lo dejó en libertad"* (Benedicto XVI, *Saludo y oración ante la Mariensäule, Munich*, 9/9/2006, www.vatican.va). Tanto influyó esta leyenda en la vida de Benedicto XVI que una de las figuras eligió para poner en su escudo es la del oso cargando el equipaje del santo obispo.

2. El relato legendario y su riqueza salvífica

No deja de ser llamativa la naturalidad con la que este gran teólogo alemán puede incorporar a su vida de fe y a su ministerio episcopal un relato legendario como el del oso bávaro. A alguien que ha sido uno de los grandes intelectuales del siglo XX no puede escapársele que semejante historia repugna a la sensibilidad moderna sobre *la verdad* de la historia. Hay una especie de "sentido común" moderno que nos dice que sólo es verdad lo empíricamente comprobable. Análogamente, en la lectura de los hechos históricos hay una tendencia a pretender que hayan sido tal como se los relata "literalmente" para prestarles credibilidad. Eso hace que la interpretación de los relatos legendarios fluctúe entre dos extremos: o se les niega todo contenido de verdad refutándolos como históricamente imposibles y propios de pueblos incultos o se los cree recurriendo forzadamente a la libertad que tiene Dios de hacer lo que quiera, cayendo en un concordismo fideísta que poco honor le hace a la racionalidad humana. El hecho de que alguien como Benedicto XVI eleve ¡nada menos que a su escudo! la historia del oso, nos hace pensar que tiene que haber un camino intermedio que sepa descubrir el contenido de verdad de una leyenda sin obligarnos a creer que "históricamente" Corbiniano llegó a las puertas de Roma con un oso como criado.

Seguramente la anécdota se fue transmitiendo de generación en generación durante los doce siglos que separan a Corbiniano de Ratzinger. Innumerables habrán sido los bávaros a los que esta historia los ayudó a vivir su fe, a sentir la presencia de Dios en sus vidas y a entregarse confiadamente a Él. El propio Benedicto XVI se coloca en esta cadena de testigos cuando dice "*el oso de san Corbiniano me sigue estimulando siempre a realizar mi servicio con alegría y confianza —hace treinta años y también ahora en mi nuevo encargo—, pronunciando día tras día mi "sí" a Dios*" (íbid.).

Desde el momento en que un pueblo genera un relato legendario y lo transmite, éste toma una vida propia independientemente de la veracidad de sus orígenes históricos. Cuando un pueblo ha hecho suya una historia y la ha convertido en uno de los elementos constitutivos de su identidad, la verdad de la misma no puede sólo medirse con la vara de la "historicidad" de los hechos relatados. Es en esa ampliación de sentido donde puede verse la fecundidad evangelizadora de estas historias religiosas. No parece incongruente que Dios, que se revela al modo humano, pueda utilizar este tipo de medios para darse a conocer a un pueblo y suscitar desde allí la respuesta de fe.

Este hecho de que los relatos legendarios –independientemente de su historicidad- pueden ser un medio por los que Dios le acerca la salvación a muchos creyentes lo explicaba el padre Tello en una charla informal en el año 2000: *"hay que reconocer que la Iglesia vivió muchos siglos en base a leyendas. Después vinieron los autores bolandistas que empezaron a purificar la historia de los santos sacando lo que es leyenda de lo que es racional. En general toda la escuela bolandista de*

origen holandés es útil para la mentalidad del hombre moderno, que quiere saber la verdad exacta y distinguir, pero durante siglos estaban en lo fundamental que era ir hacia Dios, hacia la salvación. No estaban errados los hombres que durante siglos se basaban en las leyendas que eran imitadas por miles de hombres y eso les servía para ir realmente a Dios. Yo marcaría eso: aunque no conste históricamente, puede ser útil para la salvación; y eso es el aspecto fundamental. San Jorge probablemente, Jonás, Tobías, Judit, Ester, Job. La Biblia está llena de novelitas. El principio fundamental es que mire a la salvación" (R. Tello, *Charla del 12/10/2000*).

El padre Tello hacía aquí referencia a aquellos libros de la Sagrada Escritura de los que hoy estamos convencidos que se tratan de ficciones literarias pero que durante cientos de años se tomaron como historias reales. Pensemos que incluso el mismo Jesús apela a la enseñanza de la historia de Jonás, aquel profeta que "estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches" (cf. Mt 12,40), y cuya historicidad en sentido moderno es sumamente débil.

También se hizo una mención al pasar el culto a San Jorge. Tal vez este sea un excelente ejemplo de una devoción que ayudó a la vida de fe de generaciones enteras aun cuando su origen histórico se pierde en la bruma de la leyenda. Cuentan que se trataba de un caballero cristiano nacido en Capadocia y martirizado durante la persecución de Diocleciano (año 303). Sus historias de heroísmo y fe inquebrantable se propagaron enormemente en la Edad Media. Su figura de guerrero montado sobre un caballo blanco, revestido con una reluciente armadura y armado con una lanza con la que atraviesa a un temible dragón fue muy inspiradora para los caballeros cristianos que se disponían a dar su vida para recuperar el Santo Sepulcro en las Cruzadas. La alta idea que tenían los cruzados que volvían de oriente del poder de intercesión de San Jorge lo llevó –entre otras cosas- a convertirse en patrono de Inglaterra. Tal vez el episodio que más fama le diera fue su lucha con el dragón. Nos cuenta la célebre *Vida de los santos de Butler* -intentando ofrecer una versión sobria (*sic*) de las *Actas de San Jorge*- que este santo en una ocasión llegó a una ciudad que era asolada por un monstruoso dragón. Los pobladores se veían obligados a ofrecerle corderos para aplacar su hambre. Cuando se agotaron los animales no tuvieron más remedio que entregarle seres humanos que elegían por sorteo. San Jorge llega a la ciudad en el fatídico día en que la elección recae sobre la hija del rey. En el momento en que la princesa sale vestida de novia a ofrecerse al dragón, "*San Jorge se adelantó hacia la fiera y la atravesó con su lanza. En seguida pidió a la princesa su ceñidor, lo ató al pescuezo del monstruo y lo entregó a la joven quien lo llevó cautivo a la ciudad. 'El dragón siguió a la princesa como un perrito´"* (*Vida de los santos de Butler II*, 140).

Pero más allá de estos ejemplos, lo más importante que nos ofrece esta conversación coloquial del padre Tello es un criterio hermenéutico para tratar estos casos: *en las leyendas religiosas lo principal no es verificar su historicidad sino buscar los elementos que hacen que el creyente entre en comunión con el misterio divino*. Estas historias, alojadas muchas veces en lo más profundo del corazón de los fieles, pueden ofrecer muchas ocasiones de entrega sincera y confiada a Dios y a los demás. La intensidad con las que generalmente se viven las devociones populares hace pensar que son el emergente de fuerzas muy profundas del espíritu humano que están destinadas a la comunión con lo divino. Por eso, la riqueza salvífica de estas historias radica en la capacidad que tienen para mover al creyente a poner un acto de entrega sincera a Dios y al prójimo. Esto es algo que no debe ser desconocido ni desaprovechado en la pastoral a pesar de las dificultades que pueda ofrecer a nuestra sensibilidad histórica moderna.

3. De Munich y Capadocia a las pampas argentinas

Si hemos evocado situaciones que se dieron en el cristianismo europeo es para intentar iluminar desde la historia lo que vive hoy en su fe nuestro pueblo en América Latina. A diferencia de Europa, en nuestras latitudes los relatos populares no hunden sus raíces en el primer milenio del cristianismo. Sus orígenes son más modestos, apenas unos pocos siglos. En Argentina más específicamente, muchas de estas narraciones se remontan al siglo XIX. Especialmente queremos

aquí reflexionar sobre la historia de Antonio Mamerto Gil Nuñez, un gaucho correntino que murió violentamente en esos tiempos y hoy es venerado por miles de argentinos como *el Gauchito Gil*.

El telón de fondo que puede ayudarnos a pensar esta historia es el relato del gaucho Martín Fierro. Si bien en este caso se trata de un personaje de ficción literaria, resulta una plasmación poética de la situación que el pueblo argentino vivía en ese entonces y cuyos efectos nos llegan hasta hoy. Por eso se lo ha conocido como el "poema nacional". El mismo cardenal Bergoglio lo explicaba en un mensaje que dirigió en torno a la Pascua del 2002, cuando nuestro país vivía una instancia crucial y él proponía a partir de la lectura del Martín Fierro una reflexión acerca de los núcleos de nuestra identidad como Nación. Decía: *"lo que allí se narra tiene que ver, directamente con nosotros, aquí y ahora, y no porque seamos gauchos o usemos poncho, sino porque el drama que nos narra Hernández se ubica en la historia real, cuyo devenir nos trajo hasta aquí. Los hombres y mujeres reflejados en el tiempo del relato vivieron en esta tierra, y sus decisiones, producciones e ideales amasaron la realidad de la cual hoy somos parte, la que hoy nos afecta directamente. Justamente, esa "productividad", esos "efectos", esa capacidad de ser ubicado en la dinámica real de la historia, es lo que hace del Martín Fierro un "poema nacional". No la guitarra, el malón y la payada"* (J. Bergoglio, *Mensaje del Arzobispo de Buenos Aires a las comunidades educativas*, Pascua 2002, www.arzbaires.org.ar). Por eso resulta útil recurrir a un relato de estas características para entender lo que vivimos en el presente. En el modo de conducirse de nuestro pueblo hay una sabiduría que abreva en su memoria histórica. Intentar conocerla nos da valiosas pistas para entender cómo se mueve el pueblo, cuáles son los caminos por los que se va construyendo en la fraternidad un destino compartido. Bergoglio explicaba esto diciendo que el Martín Fierro nos ayuda a soñar con nuestro futuro: *"El Martín Fierro no es la Biblia, por supuesto. Pero es un texto en el cual, por diversos motivos, los argentinos hemos podido reconocernos, un soporte para contarnos algo de nuestra historia y soñar con nuestro futuro"* (íbid.).

José Hernández, desde la historia del gaucho Martín Fierro nos pinta un cuadro del drama que viven los sectores populares en la segunda mitad del siglo XIX en Argentina, sobre todo la población rural. Denuncia la necesidad de inclusión de los más pobres en un contexto histórico que –en palabras de Bergoglio- es el de *"una sociedad en formación, con un proyecto que excluye a un importante sector de la población, condenándolo a la orfandad y a la desaparición"* (íbid.).

Lejos habían quedado los tiempos en que el ganado era cimarrón y sólo había que tomarse el trabajo de salir en "vaquerías" para cazarlo y usar su carne y su cuero. Durante muchas décadas hubo una inmensa riqueza vacuna deambulando libremente por pampas interminables y gran cantidad de poblaciones viviendo de eso. El poema lo describe diciendo que: *"tendiendo al campo la vista,/ solo vía sino hacienda y cielo"*. El hecho de que todo eso "tenga dueño" fue algo a lo que tuvieron que acostumbrarse dificultosamente los habitantes del campo. No es que no existiera una institucionalidad en este orden social rural, ni una idea de propiedad privada, pero éstas estaban reguladas más por las costumbres de cada región que por leyes redactadas desde un poder central que por ese entonces tenía una legitimidad discutible. La llegada del alambrado fue decisiva para imponer este nuevo concepto de "propiedad privada" entre los gauchos que se sentían con tanto derecho a circular por la pampa como nos sentimos hoy de consumir el aire que respiramos. Canta Martín Fierro: *"Mi gloria es vivir tan libre/ como el pájaro del cielo/ no hago nido en este suelo/ ande hay tanto que sufrir/ y naides me ha de seguir/ cuando yo remonto el vuelo"*. No fue fácil que hombres acostumbrados a la libertad y al contacto directo con la naturaleza aceptaran que la tierra en que viven no les pertenece a ellos sino a gente que vive muy lejos y que no trabaja en ella, y que este derecho se apoya en papeles cuya legitimidad les resulta dudosa. Además, desde su sentido cristiano de la vida siempre entendieron a la tierra como un don de Dios, un don indispensable para desarrollar la vida. Una riqueza que debe usarse para vivir, no para acumularla ambiciosamente. Refleja bien ese sentimiento una canción popular cuando dice: *"Que esta tierra era de Dios/ mi padre me dijo un día/ que era de Dios y era mía/ y no tenía patrón./ Dijo no ver la razón/ de tener miedo que alambren/ ya que esta tierra es tan grande,/ criolla herencia del paisano./ Y hoy de prepo echaron mano,/ hasta ande duerme mi padre"*.

Esta nueva organización institucional se fue imponiendo con la fuerza de las armas. El Juez de paz, el Alcalde, el Coronel, entre otros, representan en el poema de Hernández el brazo coercitivo del nuevo orden social que buscaba instalarse. Uno de los medios usados fue la recluta forzosa de gauchos para "servir a la patria" en la frontera con los indios. Allí comenzaron los padecimientos de Martín Fierro. Se lo obligó a ir a la frontera con la promesa de que a los seis meses volvería a su hogar. Estuvo varios años viviendo en la más absoluta miseria viendo cómo el fortín en la frontera con los indios era una excusa para que algunos se hagan ricos extendiendo los mojones de sus estancias y que la sangre de gaucho era el combustible para esa expansión. Dice su amigo Cruz: *¡Pucha, si uste los oyera/ como yo en una ocasión/ tuita la conversación/ que con otro tuvo el juez!/ Le asiguro que esa vez se me achicó el corazón/ Hablaban de hacerse ricos/ con campos en la frontera;/ de sacarla más ajuera/ donde había campos baldidos/ y llevar de los partidos/ gente que la defendiera".* Fierro al fin se escapa y se convierte en un "desertor". Al volver a su casa sólo encuentra una tapera y los relatos del calvario que tuvieron que sufrir su mujer y sus hijos. El corazón se le desgarra, llora amargamente y jura "*ser más malo que una fiera".*

Así se convierte en "gaucho matrero". Las figuras de "gaucho alzado", "gaucho matrero", "desertor", "bandido rural", representaban muchas veces a aquellos que por diversos motivos se resistían a este nuevo orden legal y vivían en los montes ocultándose de la autoridad. Gran parte del poema se pasa Martín Fierro en ese estado del que dice: *"su casa es el pajonal,/ su guarida es el desierto;/ y si de hambre medio muerto/ le echa el lazo a algún mamón,/ lo persiguen como a pleito,/ porque es un gaucho ladrón".*

Estas pinceladas del drama argentino en la segunda mitad del siglo XIX que nos ofrece el poema de Hernández nos puede ayudar a entender las afirmaciones hoy en día que se hacen del gaucho Antonio Gil. Cuando se dice que fue un gaucho fuera de la ley, un bandido, un cuatrero, sería anacrónico entenderlo desde nuestra actual idea de la propiedad privada y desde nuestro consolidado orden legal. Pero vayamos propiamente a su historia manteniendo como música de fondo las aventuras que Fierro cantó *"no para mal de ninguno/ sino para bien de todos".*

4. La historia del Gaucho Antonio Gil

Como hemos dicho, se trata de una tradición que se ha transmitido oralmente en la zona rural de Corrientes cercana a la ciudad de Mercedes. Son muchas las variantes que presentan los distintos relatos. En este artículo, por una cuestión de sencillez, para hacer una somera síntesis nos limitamos a los textos del padre Julián Zini. Este sacerdote, muy conocido por su cultivo de la cultura chamamecera, fue párroco de Mercedes (1969-1987). Desde 1970 comienza a recabar información sobre esta manifestación de religiosidad popular que en la zona se conoce como "la Cruz Gil" (*"Curuzú Gil"* en guaraní). Además de haber compuesto un famoso chamamé llamado *Antonio Gil*, en 2012 publicó una *Novena a la Cruz, recordando a Antonio Gil y a nuestros queridos difuntos* (ed. Santa María). La publicación es en coautoría con el p. Luis María Adis (actual párroco de Mercedes) y cuenta con una presentación del entonces obispo de Goya Mons. Ricardo Faifer y con el *imprimatur* de aprobación eclesiástica. Además, a modo de apéndice de la novena viene un devocionario que incluye –por pedido expreso del entonces cardenal Bergoglio- una oración para bendecir la Cruz Gil.

Allí se cuenta que Antonio Mamerto Gil Nuñez fue un criollo que vivió en Corrientes, del lado del río Uruguay, entre los años 1830 y 1870. En los testimonios más antiguos que se han recabado sobre su historia resalta la frase: *"Antonio Gil no quiso pelear"*. Eso hace que muchos ubiquen su muerte en el marco de la guerra contra el Paraguay (1864-1870). Fueron muchos los criollos que no quisieron ir a esa guerra. Resultaba muy impopular entre el paisanaje provinciano pelear al lado de los brasileros y los porteños. Más aun cuando enfrente estaba el Paraguay. Fueron muy difíciles las levas en las provincias. El encargado de reclutar soldados en Córdoba le escribe a Mitre que enviaba contingentes de "voluntarios atados codo con codo". Al mismo Urquiza se le sublevaron 6.000 soldados en el arroyo Toledo. Tanta fue la resistencia, que Mitre ordenó que quien no quiera

pelear sea declarado “traidor a la Patria”. El que huía era apresado por desertor y –de no mediar alguna influencia- ajusticiado por el pelotón de fusilamiento. Si alguno podía escapar pasaba a vivir en la clandestinidad, como gaucho alzado. Es muy probable que esta haya sido la situación de Antonio Gil. Aun así, no faltan testimonios tempranos que ubican su historia en el marco de los enfrentamientos entre milicias unitarias y federales. De allí el color rojo que lo caracteriza. Sea como fuere, puede pensarse que al Gaucho Gil se lo consideraba desertor por resistirse a una injusta leva forzosa.

Se cuenta que un 8 de enero, después de la fiesta de San Baltasar, fue detenido en las afueras de Mercedes, por una partida que tenía orden de llevarlo a enjuiciar a Goya. Él, que tenía fama de tener un coraje invencible y una mirada hipnótica que paralizaban a cualquier adversario, no quiso derramar sangre y entregó mansamente su cuchillo. Dice el chamamé de Zini: *“Un refusilo en la mano, payé doble en el mirar Antonio Gil los podía, pero no quiso pelear”.* Como sucedía muchas veces en esos casos, la patrulla no quería tomarse el trabajo de trasladar un bandido al lugar del juicio y lo ajusticiaba en el camino con la excusa de que el prisionero intentaba escapar. Así fue que en un cruce de caminos colgaron de los pies al gaucho y, con su propio cuchillo, lo degollaron. Mientras tanto, algunos amigos habrían conseguido una orden de liberación que nunca llegó a tiempo.

La tradición dice que antes de morir, Antonio le habló a su verdugo con palabras como éstas: “Tu hijo está muy grave y se está muriendo. Cuando vuelvas a tu casa, verás que es cierto lo que te digo. Pero no te preocupes, mi sangre de inocente intercederá ante Dios para que se salve”. Al volver a su casa, el matador se encuentra con su hijo al borde de la muerte. Sin dudarlo invoca a quien fuera su víctima. El milagro se produce: el niño se sana. Entonces el padre agradecido vuelve al lugar donde enterraron al gaucho matrero y le coloca una cruz de ñandubay. Allí le agradeció y le pidió perdón.

También se dice que comenzaron a llegar devotos a pedir favores ante la cruz. Ante esto, preocupado por la rotura de alambres, el peligro de incendio que suponían las velas y la seguridad de su hacienda, el dueño de la estancia La Estrella decide trasladar los restos de Antonio Gil al cementerio de Mercedes. Desde ese momento, le ocurrieron todo tipo de cosas extrañas: muerte de sus animales, enfermedades en la familia, tormentas en sus campos y todo tipo de inconvenientes. Convencido de que se trataba de un “mensaje”, vuelve a traer los restos a su lugar de origen y terminan de pronto todos sus males.

Desde entonces, hasta el día de hoy, el lugar donde se emplaza la “Cruz Gil” es meta de miles de peregrinos y son muchos los milagros que se le atribuyen. Además, especialmente en los últimos años, han aparecido innumerable cantidad de ermitas rojas con la imagen de Antonio Gil y su Cruz a lo largo y a lo ancho de nuestro país. No parece exagerado decir que hoy en día es una de las devociones más extendidas en nuestro pueblo. Si bien en la zona se habla de la “Cruz Gil”, desde que tomó difusión nacional, el título más común parece ser el de “Gauchito Gil”. El diminutivo no es porque Antonio Gil haya sido un jovencito. En yopará, la lengua que surge de la cruza del guaraní con el español, el diminutivo se usa cariñosamente. El “Gauchito Gil” sería el “querido Gaucho Gil”.

5. Conclusión y transición

Por razones de espacio debemos cerrar la primera etapa de estas reflexiones. En ella apenas hemos intentado ofrecer un marco de referencia para pensar teológico-pastoralmente el fenómeno de devoción popular que se da en torno al Gauchito Gil. Así, hemos visto que una historia popular puede tener mucho potencial evangelizador más allá de la posibilidad de ser documentada historiográficamente. También presentamos que, para penetrar el sentido profundo que le da nuestro pueblo a esta historia, resulta valioso observarla a la luz del poema con que José Hernández nos cuenta el drama que sufrió el pueblo pobre en los tiempos de Antonio Gil.

Queda por desarrollar la parte más sustanciosa. Cuando una historia cala tan hondo en el corazón de un pueblo que ha recibido el Evangelio es porque en ella hay valores que la conectan con el

sentido profundo de lo cristiano. Seguramente serán muchos esos elementos. En la segunda parte intentaremos desarrollar tres de ellos a partir de frases que se dicen de Antonio Gil en la tradición oral: “robaba a los ricos para darle a los pobres”, “no quería pelear entre hermanos” y “murió perdonando al matador”. También presentaremos dos de las objeciones más frecuentes: “es una devoción pagana”, y “no es santo declarado por la Iglesia”.

Quique Bianchi
8 de enero de 2016